

VI Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Rural
Grupo 7. Modalidades de intervención, políticas públicas y extensión rural

Una visión antropológica sobre interfaces en la extensión rural

Roberto Ringuelet y María Inés Rey

rringuelet@ciudad.com.ar

reymariaines@gmail.com

Facultad de Psicología y Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales, UNLP

Introducción

Nos situamos en un campo de confluencia entre las políticas públicas y la identidad e intereses de los pobladores rurales. Nos basamos en un proyecto de investigación y desarrollo que tiene como objetivo la identificación de interfaces nucleares a lo largo de lo que denominamos “cadenas de desarrollo”, que involucran tanto la planificación e implementación de los proyectos y las relaciones con los productores, cuanto la formación de los agentes. En este caso particular, nos interesa dar cuenta de situaciones problemáticas entre diversos actores sociales y entre diferentes visiones de desarrollo. Especialmente nos interesa ver el grado y tipo de incorporación de una visión sociocultural del territorio por parte de los agentes de extensión, analizando acercamientos y desfasajes entre distintas configuraciones culturales, en el entramado de relaciones de poder como un componente crucial en la situación. Tomamos como referencia aquellos Programas habitualmente denominados de “desarrollo rural” orientados hacia “productores familiares” y “poblaciones marginales”.

Anteriormente planteamos algunos problemas sobre el tema (Ringuelet, Cacivio y Rey 2015) viendo las principales cuestiones y resultados que aquí ampliamos en algunos aspectos más antropológicos.

Encuadre histórico

En la década del 90, si tomamos como referencia significativa al INTA, vemos cómo amplió la orientación hacia “audiencias” heterogéneas, conjugando políticas

transferencistas tradicionales con programas para productores familiares. Los programas de desarrollo rural del INTA, tal como Cambio Rural, Programa Minifundio y Prohuerta, así como programas dependientes directamente de la Secretaría de Agricultura (Programa Social Agropecuario y otros), nacieron o se fortalecieron en el período, mezcla de la apertura política general que comienza con el gobierno de Alfonsín y de políticas compensatorias del ajuste de los tiempos de Menem. Una transformación que acompañó estos cambios fue la parcial reorientación de las competencias para la formación de extensionistas, reforzando el conocimiento social y sobre los territorios, a partir de diversas capacitaciones de nivel técnico y de postgrado. De tal modo se tuvo más en consideración el rol participativo de los productores y actores rurales en general (Bustos Cara & Alvadalejo 2006). Luego de la crisis del 2001, y paulatinamente en el transcurso de las próximas dos décadas, se profundizó un enfoque territorial más amplio contextualizando los programas que, de hecho, funcionaban de forma bastante autónoma (Thorton & Cimadevilla 2007). Es así que, como parte del proceso histórico de recuperación democrática, hubo una apertura de los organismos de intervención y también de las universidades. Por ejemplo, la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales de la UNLP (que fue siempre un referente privilegiado de las transformaciones agrarias del país) experimentó una serie de cambios de enfoque que eran de alcance nacional, acompañando movimientos mundiales: Reaparecen los enfoques *desarrollistas* y su *idea sistémica* y de *economía planificada* (vs el enfoque tecnicista circunscripto de las innovaciones), la idea de *sustentabilidad* y de *agroecología* (como visiones alternativas a la agricultura convencional), la idea alternativa de *investigación-acción participativa* como una intervención orientada más específicamente a pequeños productores del medio (Hang 2008). Las nuevas ideas del período se van imponiendo a nivel público como un nuevo discurso hegemónico, conviviendo con la orientación transferencista.

El cambio de perspectivas de una orientación transferencista a otra conceptualmente más abierta y compleja constituye, frecuentemente, una transición difusa del (nuevo) territorio conceptualizado y de los propios posicionamientos políticos, cosa que se manifiesta diversamente en los discursos y acciones concretas de los agentes de intervención – extensión.

Enfoque metodológico

Nuestro enfoque deriva de una serie de orientaciones y procedimientos que toman como marco referencial la forma de “investigación y desarrollo”. En esta oportunidad, nos enfocamos al estudio de diversos tránsitos y resultados de Programas con los que tenemos diversos grados de vinculación. Partimos del conocido planteo dicotómico de Escobar “*antropología para el desarrollo vs antropología del desarrollo*” (Escobar, 1997) entendiendo que tal diferencia es más una distinción de sentido que sectores frontalmente contrapuestos, que hay espacios para alternativas crítico-participativas en donde el análisis teórico puede imbricarse con la intervención (Isla & Colmegna 2005). Anteriormente, Leopoldo Bartolomé se problematizaba la índole de la posición de los antropólogos en el seno de agencias de intervención como un rol de “extranjero profesional” enfatizando asimismo el carácter procesual e interactivo de la situación (Bartolomé 1992).

La perspectiva ensayística general que adoptamos nos permite una cierta flexibilidad de referencias que, de todas maneras, se precisan y contextualizan. Principalmente tenemos en cuenta información captada a partir de nuestra adscripción profesional en la Universidad Nacional de La Plata en el ámbito agronómico – veterinario y su área de influencia, también contamos con información más amplia complementaria de diversos lugares del país y de Agencias nacionales. Analizamos diversos programas y eventos mediante observaciones, entrevistas y registros secundarios. Los eventos analizados fueron las Jornadas anuales de Agricultura Familiar de la UNLP 2011 - 2015 y otros encuentros de extensión de la UNLP en el período (Ringuelet & Rey 2013; Ringuelet et al. 2012). También información directa de profesionales de la UNLP y de alumnos de la Maestría Plider La Plata – Balcarce – Bahía Blanca (Procesos Locales de Innovación y Desarrollo Rural), así como del accionar de diversos de Programas nacionales en la última década.

Nuestro objetivo, mencionado en la Introducción, es analizar las *interfaces* que se presentan entre los agentes institucionales y la población rural en el plano cultural y social, sus distintas configuraciones culturales y situaciones de poder.

Delineamos un marco orientativo de análisis que comprende núcleos de conflictos o, más ampliamente, situaciones de interfaz social. El concepto social de interfaz como intervalo entre dos fases, implicando algún tipo de discontinuidad, lo tomamos con un sentido comprensivo para estudiar tipos y fuentes de discontinuidad social/técnica, es decir, entender las diferencias entre distintos actores, desajustes

institucionales, conflictos inherentes a los mismos y sus diversas formas de resolución. Así como los contrastes entre diferentes visiones conceptuales en instancias de formación, formulación de programas e implementación de los mismos (sean referidos a disidencias doctrinarias profesionales, político ideológicas o ampliamente culturales). La idea es ver los procesos de intervención como socialmente contruidos y como realidades múltiples. En la Sociología-Antropología del desarrollo Norman Long es un autor de referencia que usó el concepto de interfaz en sus estudios en Perú y México para resaltar el dinamismo de los procesos sociales, como “una manera de examinar y entender problemas de heterogeneidad social, diversidad cultural y los conflictos inherentes” (Long 2007: 136). Es necesario aclarar que el autor se enmarca en la “Teoría del actor”, focalizando los actores sociales en su individualidad y organización, más que situándolos en las dinámicas estructurales y las acciones colectivas, que es más nuestra orientación (Ringuelet 2010).

Interfaces en las Agencias de desarrollo rural

La cuestión del Otro cultural y las dificultades de articular diferencias

El dilema metodológico y de perspectiva general es el de la diversidad cultural en la compleja interacción de los actores sociales involucrados en las situaciones de extensión. En estas se presenta una habitual dicotomía entre los actores sociales de las Agencias y las poblaciones rurales. Es la vieja cuestión metodológica y definitoria de la antropología centrada en el concepto de *Otro u Otro cultural*. Pero, en esta situación, el uso del concepto (que aparece frecuentemente en el ámbito de la extensión rural) no es exactamente la misma que en los estudios antropológicos. En la antropología contemporánea el sesgo cultural que comporta la idea del Otro está acompañada del componente de poder, en la medida en que el reconocimiento de la diferencia se da junto al reconocimiento de la desigualdad¹. En los foros estudiados el reconocimiento de la diferencia-desigualdad se invisibiliza y cambia de sentido, a través del cuidado programático de horizontalizar las posiciones para dar espacios de expresión en términos de diferencias funcionales: El Otro es el que hace otra cosa, el que ocupa otra posición: técnicos, productores, etc. En donde es importante afirmar esa horizontalidad y abrir una apertura genérica a las diferencias que pudieran existir. Se reconoce la existencia de universos simbólicos diferentes

¹ Como aparece en el clásico artículo de García Canclini “Cultura y Sociedad” (García Canclini 1985).

dicotomizando los actores del mundo de las Agencias (junto a otros actores entendidos como semejantes o con funciones coincidentes, tal como diversos funcionarios universitarios) por un lado, y los productores – pobladores rurales por el otro². Se trata de un reconocimiento nominal que no interfiere, en la medida que se diluye en la aceptación de las reglas de los encuentros. Se considera a todos iguales “en el juego”, fijando pautas sencillas de interacción.

Tratándose de la etapa de implementación de políticas, son más frecuentes las visiones desajustadas a partir de la ilusión de transparencia de lo social y la “folklorización” (visión étnica esencialista) que interfieren en la comunicación y, en consecuencia, en los resultados de los proyectos.

Estas circunstancias de encuentro no son hechos simples y en la folklorización que aparece en menciones y performances de los eventos, participan diversamente productores y profesionales. Significaciones que pudimos registrar son, por un lado, el refuerzo moral de una visión de la intervención de parte de actores profesionales (que luego analizaremos); por otro lado, el apoyo simbólico a derechos consuetudinarios de parte de productores/pobladores como una estrategia construida que puede adoptar formas y sentidos diversos.

El problema de estándares alternativos de racionalidad y de la relatividad de los valores, se presenta con toda intensidad en el campo de las relaciones interculturales en el que el investigador/extensionista debe reconstruir desde el marco conceptual-valorativo en el que sus instituciones los ubican y sus propias categorías cognitivas, un contexto histórico y cultural que les es en algún grado extraño. Y la actitud de respeto en la interacción (igual que lo ocurrido en la investigación antropológica) no borra la adscripción de los actores a distintas clases sociales o, más ampliamente, a diferentes posicionamientos en una situación desigual. Una faceta básica de la intervención es su componente de *poder* que reformula los contrastes culturales como contrastes político-culturales y es cuando aparece la contradicción *sujetos políticos vs sujetos ejecutores de políticas*. Más adelante insistiremos sobre esto.

Hay una necesidad programática en los encuentros de extensión de *homogeneizar*, y las nuevas políticas hacia la agricultura familiar se hacen con una convocatoria abierta y accesible, lo que se expresa en los foros estudiados. Pero, una

² En ocasiones de asistir a los eventos productores familiares con una capitalización importante, estos marcan visiblemente una distancia sociocultural con los demás productores y, a la vez, una semejanza con los profesionales de las Agencias.

profundización de las acciones se enfrenta a la heterogeneidad de los actores sociales del ámbito rural.

En el territorio multiactoral, las múltiples y complejas relaciones entre actores del medio y profesionales de diferente pertenencia institucional, comporta complejas relaciones de poder que, en ocasiones, son expresadas en un grado de homogeneización de categorías de actores simplificadas como vector unidireccional, que neutraliza las posibles interpelaciones.

Habitualmente partimos de una situación claramente desigual, en la que sectores relativamente supraordinados vinculados al Estado se articulan con sectores sociales relativamente subordinados, en una política relativamente alternativa. Estos condicionamientos implican comúnmente un reclutamiento de actores beneficiarios para programas estatales a los que se suma el productor-poblador rural (a la agencia del "Otro estatal"). Frecuentemente, el productor parte de una situación de ser más "sujeto de políticas" que "sujeto político" y los extensionistas se convierten en "dadores" de oportunidades, en donde la agencia del Otro queda parcialmente anulada. Enfrentar el proceso de conocimiento de manera no egocentrada es presentarse a la diversidad desafiando al propio sistema de clasificación, de significación y de comprensión que sustenta al investigador-extensionista-Agencia. El diálogo intercultural exige posicionamiento teórico-ideológico-empírico de los profesionales y de las instituciones de intervención para el reconocimiento efectivo de los interlocutores políticos.

Cuanto más se enfatice la figura del productor-poblador rural como sujeto de políticas, esto tiende a restarle agencia³ y, a su vez, a desdibujarlo como actor colectivo y reivindicativo adecuándolo a una respuesta individual y adaptativa. Un quid de esta cuestión es, precisamente, la articulación en el diálogo con actores colectivos organizados. Cuando el profesional ejerce su agencia como ejecutor de políticas tiende a reducirla a un recorte técnico metodológico, desdibujando el asumirse como sujeto político. El reconocer al otro verdaderamente como sujeto político, obliga al profesional a definirse él mismo en su posicionamiento político. Esto aparece, desde ya, en un sector de extensionistas con una visión crítica de la

³ Entendemos por "agencia" (con minúscula) la capacidad de conocer y actuar; las acciones y reflexiones como prácticas sociales modelan acciones e interpretaciones propias y las de otros. Los actores y sus relaciones tienen agencia y pueden atribuir agencia a objetos e ideas, a su vez, pueden influir en percepciones de otros actores sobre lo que es posible.

realidad y se va plasmando actualmente de manera diversa y desigual en la difusión académica, en programas de intervención y nuevas normativas jurídicas.

Análisis de situaciones

En la observación participante que hemos realizado en talleres de extensión rural organizados en ámbitos institucionales (INTA y UNLP), a pesar de la intención de establecer una relación horizontal profesionales-productores por parte de los organizadores, la relación asimétrica se hacía evidente en: la elección del espacio (institucional), el uso del espacio, la distribución de los asistentes (la mayoría de las veces agrupados separadamente de manera “espontánea”), el uso del tiempo en la distribución de actividades. En encuentros (Jornadas, etc.) aparecen expresiones “les damos la voz”, “les damos espacios”, “la universidad al campo”. Se posicionan en el lugar de dadores de oportunidades.

En talleres organizados por extensionistas para extensionistas, surgieron expresiones tales como “mucho del yo, poco del otro”; “mucho yo (institución), poco el otro (producto)”; también se dio la consigna de dibujar al extensionista y al productor, este último se dibujó sin rostro. El Otro es un desconocido?

En los foros es común referirse a los productores con intención de horizontalizar la relación, sin embargo, se marca implícitamente su subalternidad. Respecto a la autopercepción de los extensionistas, los menos tradicionales se cuestionan si son técnicos, qué es lo técnico; son los que conocen a la gente porque “caminan el campo”, “están al pie del cañón”, son los que dialogan con el Otro, reconocen que el Otro tiene derechos. El extensionista “entra” y “sale”, “es un agente externo”. Sufren presiones institucionales y laborales. Resuelven problemas como pueden en tensión con la institución de pertenencia: reconocen la distancia entre “instituciones y productores”, “tensión entre procesos y resultados”, “entre plazos y resultados”. Esta autopercepción, que implica cuestionamientos al tipo de intervención orientada por la institución, con frecuencia no es explicitada en su producción escrita, lo hacen en encuentros cara a cara con sus pares; rara vez se explicita por escrito las dificultades al entrar en contacto con el Otro. Esto es parte de la complejidad del trabajo en y con instituciones.

En qué medida la horizontalidad es un paso programático o está instalada como parte de una visión cultural profesional?

Si lo vemos desde este último punto de vista, la horizontalidad entraña una visión “multiculturalista”. Como categoría conceptual, el multiculturalismo, evoca la aceptación de diferencias y diversidades étnicas de manera meramente formal, con una tendencia asimilacionista en algún grado explícita. En el Estado democrático liberal, el concepto de ciudadanía garantiza a las personas individuales derechos ante la ley y, habitualmente, como ocurre en nuestro país, procurando respetar prácticas y visiones del mundo de grupos sociales minoritarios. No apunta a la igualación de las condiciones de vida. Desde una perspectiva crítica “pluricultural” (o “intercultural”), consideramos que el verdadero reconocimiento consiste en articular diversidades, no asimilar e integrar haciendo desaparecer las diferencias en el contexto de las desigualdades sociales (Vázquez 2004).

La tendencia homogeneizadora está en correspondencia con una visión sistémica integracionista. La noción de integración supone asimilación funcionalista y la contradicción en la realidad social es absorbida como adaptación, lo cual hace pensar en proponer relaciones sociales que aseguren estabilidad pese al mantenimiento de la desigualdad (lo que puede aparecer, pese a la voluntad de transformación por parte de extensionistas críticos). La idea de integración transmite la visión del mundo y valoraciones ideológicas dominantes de modo implícito.

Cómo se ven los lazos sociales de los productores / poblaciones rurales?

Si bien hay una primera aceptación de que los modos de vida pueden ser distintos, es frecuente suponer tiempos de transformación en un marco evolucionista que opone lo tradicional a lo moderno, al estilo de los trabajos tradicionales de Robert Redfield sobre las comunidades “folk”. Las comunidades estudiadas-intervenidas con diversos sesgos indígenas/campesinos/minifundistas se supone que portan pautas culturales transmitidas de una generación a otra en forma inmutable. Una meta frecuente en la intervención en el medio rural por parte de la extensión/investigación-acción es recuperar o promover “lazos tradicionales”. Desde una visión estática lo tradicional pareciera ser un núcleo congelado en tiempo-espacio (ahistoricidad). Se supone que la falta o deterioro de los lazos erosiona relaciones de solidaridad, cooperación y ayuda mutua. Entonces, se ve la necesidad de recuperar lazos afectados por el avance de la modernidad. La “promoción de redes” muchas veces implica la necesidad de “recuperar la

tradición” para la integración y no se valoran o no se captan la articulación compleja entre las relaciones sociales nuevas y la continuidad de viejas relaciones.

Un espacio en el que se ve la “erosión” de lazos sociales es en el trabajo y las relaciones solidarias y de cooperación son promocionadas con un grado fuerte de voluntarismo colectivo, desdibujando la agencia de los productores, tema que volveremos a mencionar.

Esa dificultad para evaluar los cambios y permanencias culturales y la tendencia a congelar la historicidad (que lleva a la folklorización) impide luego articular “lo tradicional” y “lo moderno” y operacionalizar la intervención. Entonces, en una primera aceptación de que los modos de vida pueden ser distintos, una inversión se vuelve a introducir al suponer que valores, pautas, transmitidos de una “generación a otra”, son adoptados y conservados en forma inmutable. Es decir, donde se concluye el diagnóstico debiera comenzar, ya que las prácticas se construyen y reconstruyen en contextos cotidianos variables. El Otro es producto de un proceso histórico de alterización.

De manera más categórica, muchas veces se concluye que se han erosionado las relaciones de solidaridad, etc. y se propone el fortalecimiento de las relaciones sociales para mantener un orden social que se supone débil y asegurar la gobernabilidad. Se impulsan estrategias para la creación de (nuevas) redes de apoyo. Las preguntas necesarias son: Estas propuestas corren el peligro de ser muy restringidas al focalizarse en actores/grupos reducidos?, se apreciaron debidamente los lazos más amplios comunitarios–regionales?, se evaluó el carácter multicentrado (las vinculaciones interinstitucionales) de las intervenciones puntuales? Lo que lleva a preguntarse si se incluyó-articuló debidamente la agencia de los productores.

Nos habíamos referido en el punto anterior a la necesidad programática en los encuentros de extensión de *homogeneizar*, en pos de una convocatoria abierta y accesible, y que una profundización de las acciones se enfrenta a la heterogeneidad del mundo rural. Este es un punto clave para apreciar las diferencias culturales y políticas y la apertura a la agencia de los mismos productores. A la vez, a la agencia de sujetos colectivos. La persistencia de la homogenización de los sujetos los descontextualiza, les quita identidad y, a su vez, esa generalización tiende a constituirse como un conjunto de individuos, a resaltar la individualidad de los actores sociales. La delimitación del interlocutor es, simultáneamente, la

interpretación del contexto cultural. Desde ya las acciones de extensión parten siempre de limitaciones materiales y/o de la definición previa de los “beneficiarios” si se trata de un Programa Institucional más amplio. Aquí nos referimos a la necesidad de entender al actor productor-poblador en su entorno significativo.

Asimismo, prevalece la idea de que las relaciones sociales son “buenas en sí”. Explícita o implícitamente en muchos trabajos sobre redes sociales, domina la concepción según la cual las relaciones comunitarias, personalistas, etc., son cooperativas y favorecen mecanismos de autoayuda y que funcionan como grupos de sostén. Son consideradas unilateralmente benéficas. Cuando reconocen la existencia de relaciones sociales “negativas”, las consideran como si fueran parte de otro sistema de relaciones, como si tuvieran otra “calidad”; no las incluyen como parte de redes, relaciones y rituales que están operando y que pueden ser simultáneamente “buenas” y “malas” (Menéndez 2006).

Asumimos el papel positivo de ciertas relaciones sociales a partir de asumir que no son unilateralmente “buenas”. Sabemos que parte de las violencias se generan y ejercen en los pequeños grupos. Las relaciones pueden tener consecuencias positivas o negativas si se observan a través del conjunto de actores significativos y no de un único actor y si asumimos que ambos tipos de consecuencias pueden ocurrir simultáneamente.

Parte de las concepciones que plantean unilateralmente la caída de relaciones sociales y el peligro que supone, corresponde a la manera de pensar la realidad en términos de integración y no de conflicto y contradicción; de proponer relaciones sociales que aseguren estabilidad social pese al mantenimiento de la desigualdad social. Se tiene una representación de las relaciones sociales que, al describir la realidad tiende a reducirlas o eliminarlas. La perspectiva a-relacional centrada en un solo actor elimina de sus descripciones la dialéctica de las relaciones sociales dado que, la positividad/negatividad se vincula en gran medida con las relaciones de hegemonía/subalternidad, con el lugar que ocupan los actores en tales relaciones y la dinámica que opera entre las mismas. Estas relaciones no se modifican sólo con la buena voluntad de cambiar.

Muchos profesionales trabajan más con las representaciones que con las prácticas, es decir, quienes dicen trabajar con las experiencias de los sujetos trabajan con las representaciones que dichos sujetos tienen de sus experiencias. La centralidad de

las representaciones favorece el trabajo con un solo actor. Y, la confusión entre sujeto y subjetividad conduce a la ilusión de diálogo intercultural.

El centramiento en el actor individual es una instancia práctica o una visión teórica?

Volviendo a una temática mencionada anteriormente, hay una frecuente tendencia a promover valores de corte “voluntarista” que se articulan mejor con la individuación del productor. Domina la concepción que las relaciones sociales funcionan básicamente a nivel microgrupal, secundarizando el papel de las relaciones a nivel macrogrupal.

Sin pretender desarrollar una puja teórica, esta tendencia a la individuación de los hechos colectivos y el desdibujamiento de los conflictos sociales es típico de la Teoría del Actor, que tiene actualmente un papel importante en el mundo de la extensión rural.

Bibliografía citada

BARTOLOMÉ, Leopoldo (1992). “O estrangeiro profissional e a tentação fáustica: a antropologia frente aos programas de desenvolvimento”. En A. A. Arantes, G. Ruben y G. Debert (comps.) *Antropologia e Direitos Humanos: a responsabilidade do antropólogo*, pp. 163-174. Editora da UNICAMP. Campinas.

BUSTOS CARA, Roberto y Cristophe ALVADALEJO (2006). Nuevas competencias y mediaciones para la gobernanza de los territorios rurales en Argentina. *IX Seminario Internacional de Investigadores en Globalización y Territorio*. UNS. Bahía Blanca.

ESCOBAR, Arturo (1997). Anthropology and Development. *International Social Science Journal*, 154: 497-529.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. (1985) *Cultura y sociedad. Una Introducción*. Secretaria de Educación Pública, México.

HANG, Guillermo (2008). Formación de recursos humanos en Sistemas agroalimentarios localizados. El papel de las facultades de ciencias agrarias. En: *Sistemas agroalimentarios localizados en Argentina*. INTA. Bs. Aires.

ISLA, Alejandro y Paula COLMEGNA (2005). *Política y poder en los procesos de desarrollo*, Editorial de las Ciencias, FLACSO. Buenos Aires.

LONG, Norman (2007). *Sociología del Desarrollo*. El Colegio de San Luis. San Luis Potosí.

MENÉNDEZ, Eduardo (2006). Desaparición, resignificación o nuevos desarrollo de los lazos sociales y rituales. En: *Relaciones* 107, vol XXVII. CIESAS. México.

RINGUELET, Roberto (2010). Reseña del libro Sociología del Desarrollo de Norman Long. En: *Revista Realidad Económica* n° 255, 2010. pp: 154-158.

RINGUELET, Roberto y María Inés REY (2013). Situaciones problemáticas en las interfaces de los procesos de extensión rural. *IV Jornadas de Antropología Social del Centro*. UNICEN. Olavaria.

RINGUELET, Roberto; CACIVIO, Rossana y REY, María Inés (2015). Situaciones problemáticas en los procesos de extensión rural. En: *Revista de la Facultad de Agronomía*. Edición especial: 169-177.

RINGUELET, Roberto et al. (2012). Dossier: Modalidades y perspectivas del desarrollo territorial rural. En: *Revista Mundo Agrario* n° 24, 1er sem. 2012. www.mundoagrario.unlp.edu.ar

THORTON, Ricardo y Gustavo CIMADEVILLA (2007). *La extensión rural en debate*. INTA. Buenos Aires.

VÁZQUEZ, Héctor (2004). *Antropología emancipadora, derechos humanos y pluriculturalidad*. Homo Sapiens. Rosario.